

DE PERROS Y APLAUSOS. Contra crónica



El spot del Festival de Sitges de este año reconocía que Cannes “está muy bien” pero que “nunca será Sitges”. El orgullo de un certamen como este se sustenta y se refleja en su público. Nosotros, que no nos cansamos de reclamar un espectador más activo y “sociable”, nos unimos con agrado al ya clásico ritual de ovacionar la aparición de la silueta de King Kong en la playa, antes de cada proyección. Resulta casi un alivio aparcar por una vez el silencio reverencial de la “sala de autor”, y participar de la alegría que genera el simple hecho de estar a punto de ver una película, rodeado de gente y en el marco de este festival. Y eso por no hablar de la catarsis colectiva que se produce cuando la sangre hace acto de presencia, se consuma una venganza o, simplemente, muere “el malo”. Claro que, en este punto, topamos últimamente con un extraño espécimen de espectador que aplaude también una violencia en absoluto festiva ni liberadora. Uno no puede evitar preguntarse qué empuja a alguna gente a celebrar las escenas más duras de, por ejemplo, *The Tribe* o *Goodnight Mommy*. ¿Creerán que es una norma del festival?, ¿se estarán aburriendo y aplaudirán para desperezarse? ¿o serán unos auténticos psicópatas infiltrados?

Este año se produjo también una insólita variación en este tipo de reacciones entusiastas, cuando parte del público aplaudió espontáneamente el truco 3D de una breve escena de *Adieu Aux Langage*, en la que se multiplican por tres las posibilidades de visión (con el ojo izquierdo, con el derecho o con ambos). Un momento único e irrepetible, ya que ninguna sala 3D ha acogido en España el estreno del complejo poema visual de Jean-Luc Godard, protagonizado en cierto modo por su propio perro, Roxy. Al final de este histórico pase –que originó tanto una peregrinación cinéfila histórica, como un río de deserciones– un espectador gritó el nombre de Excalibur, el perro de Teresa Romero (la enfermera contagiada por ébola), que había sido sacrificado unas horas antes. No es este el único can que el público llevó al Auditori del Hotel Meliá: durante el corte que se produjo en el pase de *Maps To The Stars*, un espectador sacó una linterna, juntó sus manos y proyectó la imagen chinesca de un perro, que paseó de un lado a otro de la pantalla, abriendo y cerrando la boca, para regocijo de la audiencia.

Gestos que nos recuerdan qué es el cine, que reafirman la emancipación del espectador y que confirman que, efectivamente, Cannes nunca será Sitges.